

EL PREGONERO

por Jesús Pulido Ruiz

Hoy en día se ha puesto muy de moda la figura del pregonero. Nos referimos, claro está, a ese personaje encarnado por el famosillo de turno o el hijo del pueblo, legítimo o adoptivo, que por determinada "proeza" en el mundo de la ciencia, el arte o la cultura, o por su destacada labor en algún otro campo, las autoridades consistoriales le encargan la lectura del pregón de las fiestas patronales, Navidad, Carnavales o de cualquier festejo que se precie, para recompensar de este modo su contribución a engrandecer y difundir el nombre del lugar. Dicho personaje ha venido a ocupar el nombre, salvando las distancias, y sin la continuidad que tenía su histórico predecesor, de otro pregonero, menos engalanado y con un discurso menos edulcorado, que recorría las calles y plazas del pueblo con su inseparable trompeta para anunciar los bandos municipales y dar a conocer los acontecimientos acaecidos en el municipio, a modo de crónica de sucesos. En la mayoría de los pueblos este cargo recaía en el alguacil, que era una suerte de conserje de múltiples aplicaciones, empleado por el Ayuntamiento con el fin de realizar distintas funciones, o lo que era lo mismo, para hacer de chico para todo. No es que se distinguiera por su verbo fluido y refinado ni por la nitidez de su dicción. Su oratoria se limitaba a soltar parrafadas monocordes cuyos enunciados terminaban siempre con una entonación ascendente, con lo que tal vez intentaba atraer la atención de los vecinos. Era un discurso reiterativo, una cantinela machacona, que ya ha pasado a la historia, no tan lejana como pudiera pensarse, como expresión característica de la España pueblerina y atrasada, en tanto que al mismo personaje se le ha querido identificar como figura representativa y genuina del paleta de pueblo. Estampa ésta que se han encargado de repetir hasta la saciedad el cine y la televisión a través de una visión un tanto distorsionada.

Mucho les costaría a los más jóvenes, arrellenados en la cómoda butaca del progreso y las ventajas que brinda esta era de la informática y de la imprevisible revolución de los medios de comunicación, comprender la gran labor de aquellos buenos ciudadanos en las pequeñas poblaciones, el único "medio de comunicación de masas local" existente en aquellos tiempos para la población rural.

El pregonero era un personaje imprescindible en épocas antiguas, oficio arcaico existente desde tiempos inmemoriales, emparentado de algún modo con los viejos juglares. Este hombre de voz recia y quejumbrosa se encargaba de avisar e informar de manera rápida de las disposiciones, denuncias o mandatos provenientes de los gobernantes locales y de cuanto pudiera interesar al vecindario. Al pregonero lo elegía el concejo. Éste le señalaba los sitios desde los que debía echar el pregón. Y para captar la atención del público, con el correr de los siglos, se fue pasando del sonido de la fanfarria o el redoble de tamboril de los antiguos pregoneros reales al toque estridente y destemplado de la corneta del pregonero de pueblo. También servía a los intereses particulares, sobre todo cuando llegaban a la localidad los comerciantes con el ánimo de vender las más diversas mercancías. El pregonero, como dijo alguien en tono jocos, era una alcahueta con gorra de plato y un guión preparado. Era, en fin, el mensajero y vocero del Ayuntamiento. La voz que siempre estaba presente para lo bueno y para lo malo, a las duras y a las maduras. Y lo mismo se le veía vestido de gala en las fiestas solemnes presumiendo de uniforme, que un poco más desaliñado en medio de un temporal, envuelto en un viejo chubasquero, lanzando su grito al viento. Pero aunque soprase el gélido cierzo o le agobiase el aire pesado de las tardes bochornosas del estío, allí estaba el pregonero con su pergamino doblado, como quien protege el mayor de los secretos, y su trompeta a la cintura o en bandolera. Era su obligación y debía cumplirla como portavoz oficial del consistorio. Algunos chiquillos le seguían como a un flautista de Hamelin muy sui géneris con la trompeta en ristre y su gorra ladeada. Le insistían para que les adelantase algo antes de alcanzar el punto desde donde tenía que lanzar el pregón; pero él, ni mucho menos, estaba para hacer concesiones a los chavales. Él, una autoridad, debía ignorar, pasar por alto estas libertades que se tomaban los rapaces. Y sin vacilaciones, seguía con aire grave y circunspecto hacia su punto de destino. La chiquillería le escoltaba en su recorrido. Los más atrevidos volvían a insistir con el fin de agotar un tanto la paciencia del funcionario. Ante la

obstinación de éstos, su mirada se tornaba severa, como si quisieran imponer el respeto que se le debía a su rango y categoría, antes de comenzar la representación de su "obra". "Os he dicho que éstas son cosas para mayores. Hala, marchaos con viento fresco". Y le obedecían sin rechistar, pues era una autoridad. ¿Quién lo dudaba? Aunque a veces hasta él mismo lo dudase.

Y así, llega al sitio establecido para proyectar su voz, como tenor de aldea, desde el ficticio escenario. Primero hace sonar la trompetilla, cual trompeta de Jericó, intentando derribar los muros de la desidia e indolencia que puedan reinar en el vecindario. Su toque resuena por toda las calles adyacentes. Espera unos minutos a que la gente se asome, ávida de noticias, y guarde silencio. En sus dedos, a veces temblorosos, toma el pliego, lo abre. Carraspea repetidamente, como parte del rito, para que su palabra se esparza diáfana y sonora. Inspira el aire hasta que su pecho siente alivio y, sin más megafonía que la de sus propios pulmones, comienza su alocución en los siguientes términos: "Por orden del señor alcalde, se hace saber..."

A los vecinos se les "hacía saber" lo que muchas veces ya sabían o barruntaban, sólo que ahora de manera oficial. Y no sólo se hacía saber lo que las autoridades competentes querían dar a conocer, ¡qué val!, el bando también era un modo perfecto de hacer publicidad, pues además de las más variadas disposiciones, y al margen de los comunicados referentes al levantamiento de vedas, el extravío de objetos o animales u otras informaciones de importancia para la comunidad, en el bando cabían compras, ventas, canjes, reparaciones, etc. Cualquier tipo de servicio o negocio se hacía público a través de la proclama. La voz del pregonero, unido al sonido de su trompetilla - binomio bien compenetrado e inseparable - en medio de la plaza o calle predestinada para tal fin eran razones sobradamente poderosas como para hacer que la gente callara y prestase atención.

Con paso decidido recorre todos los parajes y rincones asignados del pueblo o aldea para dar a todos la noticia a voz en grito, como exclusivo vendedor de primicias municipales, para que no quede ningún habitante sin las novedades del concejo.

A veces no son tan buenas ni tan bien recibidas las noticias: prohibiciones injustificadas, subidas de impuestos arbitrarias o abusivas, improcedentes modos de obrar por parte de las autoridades concejiles... Pero contra él nunca hubo quejas, jamás le fue aplicado el postulado de McLuhan, según el cual la tribu mata al mensajero que le trae malas noticias, ¡vamos, estaría bueno!, él sólo era un "mandao", y si alguien quería saber más o protestar, en la casa consistorial tenían al escribano o al mismísimo alcalde...

El tiempo carga de pesadas cadenas nuestros recuerdos. La visión se torna borrosa, se cubre de la mala hierba de la desmemoria y apenas permite brotar sin fatiga, manifestarse con claridad, las secuencias de la infancia. Las imágenes de este personaje que guardo con mayor nitidez son las de aquellas tardes de verano cuando el sol iba cayendo y las mujeres sentadas en corro se ponían a coser y chismorrear, alardeando de sus conocimientos - parlamento de costureras vespertinas, academia de sabiduría parda - esperando las noticias, como "telediario doméstico", del pregonero.

Éste subía, con su trompeta en el ancho cinturón de cuero, desde la plaza de la Cruz, más conocida por Plazuela de Manduca, hacia la intersección de la calle Labradores y las calles de Catalla y del Grillo, lo que popularmente se llamaba, y se sigue llamando, las Cuatro Esquinas. Era uno de los puntos estratégicos elegidos para que su voz, o sea la voz de las autoridades consistoriales, llegara a todos los puntos del pueblo.

Los chicos no cesábamos en nuestros juegos, aunque de vez en cuando prestábamos oídos a las "noticias recién salidas del horno".

- ¡Os callaréis ya, que no dejáis oír el pregón! - nos increpaba alguna de aquellas mujeres cuando los gritos de nuestro juegos impedían la audición.

Si la amonestación no había surtido efecto, algún varón desde el umbral, o sentado en el poyo de su puerta, le echaba un capote a la buena señora: "Callarsus ya de una vez, condenaos", nos conminaba con tono